DEL *CONTEMPTUS MUNDI* A LA AUTODENIGRACIÓN: REFLEXIONES ACERCA DE LA "VISIÓN DEL MUNDO" HISPANA.

(Ponencia presentada en el XLVI Congreso de Institutos de Cultura Hispánica. San Rafael, 14 al 16 de octubre de 2016)

Prof. Lic. Liliana Beatriz Pinciroli
IES PT -215 "Alfredo Bufano"
IES 9-011 "Del Atuel"
San Rafael, Mendoza.

.

Allá por el siglo primero, en su famoso tratado *Acerca de la brevedad dela vida*, Séneca escribía a Paulino: "La mayor parte de los mortales se queja de la malignidad de la Naturaleza, por habernos engendrado para un tiempo tan breve y porque este espacio de tiempo que se nos dio se escurre tan velozmente, tan rápidamente, de tal manera, que con excepción de muy pocos, a los restantes los destituye de la vida cuando para ella hacen su aparejo"[1].

Y como digno hijo de tierras hispanas, este recio cordobés concluía sus reflexiones afirmando que la vida no es breve para quien sabe aprovecharla; que la mayor parte de los hombres la desperdician en vanidades y la disipan como un mal administrador con las riquezas que le fueron confiadas: "Brevísima es y agitadísima la vida de aquellos que olvidan el pasado; descuidan el presente y temen el futuro; cuando llegan a sus postrimerías, comprenden, a deshora, que en sus días se afanaron por no hacer nada"[2]. En cambio, para quien ha dedicado sus horas a cultivar la sabiduría, -es decir, al estudio y a la meditación sobre las realidades más altas- la vida, "por pequeña que sea, es más que suficiente" y por eso, "cuando viniere el postrer día, el sabio no titubeará en caminar a la muerte con paso recio y firme"[3].

Aunque su pensamiento abrevó en la escuela estoica, hay quien[4] ha visto en esta posición de Séneca ante la vida y ante la muerte más bien una disposición racial, plenamente hispánica. En él ya se advierte el desprecio señorial del español hacia las cosas transitorias, la serena consideración de la fugacidad de la vida y la aceptación limpia y sin melodramas ante la realidad de la muerte.

---

[1] Séneca. *De la brevedad de la vida*. Trad. de Lorenzo Riber. Buenos Aires: Aguilar, 1955. P.27.
[2] *Ibíd*. P. 55
[3] *Ibíd*. P.45
[4] Cfr. Prólogo de José A. Míguez a la edición citada de Séneca.

Desde Séneca, y con mayor fuerza desde que las aguas bautismales hicieron cristianas las tierras hispánicas, el tópico de la brevedad de la vida recorre la literatura española y ha inspirado sus mejores producciones. Como ningún otro pueblo, el genio español supo reelaborar las reflexiones del Salmo 89, donde el salmista considera la vida del hombre "como la hierba verde, que a la mañana está en flor y crece, y a la tarde es cortada y se seca" (v. 6) y ruega al Señor: "enséñanos a contar nuestros días, para que lleguemos a la sabiduría del corazón" (v. 12).

No es tarea difícil confeccionar una antología con los textos que sobre este tema han escrito los poetas españoles, entre los cuales sea quizá la voz de Jorge Manrique la más repetida por las generaciones. ¿Quién no podría evocar los versos con que inicia las Coplas por la muerte de padre? "Recuerde el alma dormida/ avive el seso y despierte/ contemplando /cómo se pasa la vida/ cómo se viene la muerte /tan callando…" La lección acerca de las tres vidas, a saber, la terrenal, la de la fama y la eterna, entre las cuales es la última la verdaderamente apetecible, es como el sello, la marca, o el emblema de la espiritualidad española.

La consideración de la vida eterna como esperanza principal lleva como correlato la reflexión acerca de la vanidad del mundo y la fragilidad de los bienes terrenales. El recurrente tópico del *Contemptus mundi* -"desprecio del mundo"- no implica, sin embargo, ni una actitud maniquea de desprecio hacia el mundo presente, ni un pseudomisticismo angélico que desconozca la realidad del hombre como espíritu encarnado en un cuerpo. Cuando el patrono de los poetas españoles, San Juan de la Cruz, describe las vicisitudes del alma en pos de su Creador en el "Cántico espiritual", no desdeña la obra salida de las manos de Dios, sino muy por el contrario. La Esposa interroga a las criaturas si han visto pasar a su Amado y estas le responden:

"Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura".[5]

El poeta destaca la grandeza de los seres creados. Pero el alma no queda prendada de ellos por sí mismos: son manifestación del Creador, epifanía del Ser en los seres.

[5] San Juan de la Cruz. *Cántico espiritual.*

No por tener los ojos puestos en el Cielo, se olvidó el español de los asuntos de la tierra. Muy por el contrario: se ocupó de los asuntos de la tierra justamente porque su mirada la trascendía. En su discurso de ingreso a la Real Academia de la Lengua, el 30 de junio de 1935, don Ramiro de Maeztu decía:

> "Esta lírica del *sic transit* [*Sic transit gloria mundi*: así pasa la gloria del mundo] nos ha enseñado a distinguir intuitivamente entre los valores instrumentales y los valores finales o eternos. Otros pueblos más intelectuales que nosotros han llamado «eternos» a valores transitorios, como los del linaje, la raza y el Estado. Los españoles, en cambio, sabemos por nuestros poetas que mueren los imperios, ni más ni menos que los emperadores. Y esta idea de la transitoriedad de los bienes temporales reprime y modera nuestras ambiciones y deseos. Nos es más difícil a los españoles que a los demás europeos amar lo finito con aquel amor absoluto que solo corresponde a lo infinito. Somos más escépticos respecto del valor de las cosas temporales. Y es que solo cuando se olvida el carácter perecedero de los seres y de las cosas se las puede querer con el amor debido a su Creador" ya que "para ver y estimar lo finito necesitamos la luz de lo eterno." (Maeztu, 1948: 67 y 70).

España realizó las más grandes hazañas que pudo concebir la imaginación más ambiciosa. La lista es extensa: Covadonga, la reconquista de la península, el descubrimiento y evangelización de América, Lepanto… por nombrar las más resonadas. El Imperio español fue el más grande Imperio que registra la historia. Porque, agrega de Maeztu,

> "al negar por un momento el mundo hemos hecho el descubrimiento de la chispa inmortal de nuestro espíritu. Y entonces el universo entero parece que se tiende a nuestros pies. La misma corteza espesa de las cosas parece convertirse en cera en nuestras manos. Y el gran vacío de la noche oscura se trueca en capacidad de acción. Jamás habrá hecho un pueblo tantas cosas como nosotros en nuestro gran siglo, cuando fuimos más místicos" (71).

Idea que hermosamente elaboró José María Pemán[6] en sus conocidos versos: "cuando hay que consumar la maravilla/ de alguna nueva hazaña, / los ángeles que están junto a su Silla, / miran a Dios… y piensan en España."

Y con todo, tanto la esperanza ultramundana como la consideración de la vanidad del mundo, dieron al español tal realismo, que la desintegración del Imperio "donde no se ponía el sol" no fue vivida como una tragedia sino como uno más entre los vaivenes de la vida terrena. Colocándose en la piel de los hombres contemporáneos a esos acontecimientos, don Ramiro de Maeztu penetra en su pensamiento y dice:

[6] Fragmento del *Poema de la Bestia y el Ángel*. Jerarquía, 1938.

> "Las dinastías se extinguen, los imperios se derrumban, las glorias se marchitan; pero el bien, la conciencia moral y la buena voluntad son oro y diamante y roca viva y desafían al tiempo" (…) "Es posible que no esté en nuestras manos mantener indefinidamente la posición política de España en el mundo, pero lo que podemos y debemos hacer los españoles es seguir siendo honrados y decentes. Esta es la última conclusión calderoniana, y con este pensamiento se despide nuestra patria de su pompa imperial" (p. 45).

Esta visión del mundo plenamente católica e intrínseca de la España Grande era del todo discordante con el espíritu de la modernidad. Pero la misma España fue paulatinamente abdicando de su espíritu hazañoso cuando fue arrastrada en la caída por una Europa que había dejado de ser la Cristiandad de otrora a causa de la ruptura de su unidad espiritual. Como señala Edmundo Gelonch: "La inmanencia modernista pone, en definitiva, su valor en esta vida, y a esta como supremo valor ante el que se sacrifican todos los otros valores. Porque el hombre moderno no tiene nada más que esta vida"[7].

Es de destacar el influjo de las ideas luteranas primero y luego de los calvinistas y puritanos quienes, dice Gelonch, "al hacer depender la justificación solo de la fe, de la predestinación divina", borraban "el valor de las obras humanas. La moral del éxito sostiene que no importan las obras". (…) "la humanidad se divide a priori en dos clases de hombres: réprobos y elegidos, y nada puede hacerse para pasar de una categoría a la otra. El signo históricamente visible que nos permite reconocer a unos y a otros es el éxito: la riqueza, el poder, la felicidad temporal, distinguen a los elegidos; mientras que los réprobos son los fracasados, los pobres, los marginados sociales". Los destinados a la condenación permanecen atados al catolicismo, "mientras la riqueza y el poder caracterizan a los que se apartaron y hostilizan a la Iglesia de Roma" [8]. Estas ideas inficionaron a España e hicieron que surgiera entre sus intelectuales un notable complejo de inferioridad, que acabó en autodenigración, con la consideración de lo propiamente hispánico como un estigma vergonzante. Vayan como ejemplo los románticos Mariano José de Larra, irreligioso y liberal, quien en sus artículos de costumbres deplora el atraso de su patria. Y las afirmaciones de Domingo F. Sarmiento en *Facundo* (cap. 1) acerca de la población de nuestra tierra, compuesta "de

---

[7] Gelonch, E. (2015). *Don Quijote como ideal de hombre*. San Rafael: EDIVE, p. 121.
[8] Ibíd. Pp. 57 -58.

dos razas diversas, españoles e indígenas"; población incivilizable y bárbara, cuya miserable vida

> "motivó, sin duda, las palabras que el despecho y la humillación de las armas inglesas arrancaron a Walter Scott: «las vastas llanuras de Buenos Aires no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de *guachos* (por decir *Gauchos*), cuyo principal amueblado, consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente –añade el buen gringo-, prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas»[9]. Y agrega: "¡Sería bueno proponerle a la Inglaterra, por ver nomás, cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires!"

Y sin embargo no es a causa de las muselinas que nuestra Patria ha ido olvidando su identidad. La propaganda hispanofóbica ha llegado a extremos alarmantes. A la vergüenza de ser hijos de una nación atrasada se ha agregado la abominación de los orígenes y el matricidio. Viene al caso recordar unas coplas escritas cuando se cumplían los 500 años del descubrimiento, en 1992:

"Coplas por España"

"Año de mil y quinientos
y hace ya quinientos años
del instante
en que tenaz presentimiento
embarcó bajo tu paño
al Almirante.
No buscaré que se entienda
ni de bienes ni de males
que hayan sido.
Cinco siglos de leyenda
con vestiduras fatales
te han vestido.
¿Por qué hacer apología
de aquella empresa tamaña?
si está visto
que no cesa la porfía
cuando la causa es de España…
o de Cristo."
(…)
"Somos de savia española
injertada en aborigen territorio.
Somos, y esa es la sola
feraz huella de un origen
laudatorio.

---

[9] Sarmiento. *Facundo*. Buenos Aires: CEAL, 1967. P. 30.

Que si no hubieses venido
a traernos la primicia
de la Gloria,
quedaba este suelo hundido
en tiniebla y sin noticia
de la Historia."[10]

"Somos" es la clave. La autodenigración es fruto del desconocimiento de la propia identidad. Y por lo tanto habiendo olvidado nuestras señas se va desdibujando nuestra fisonomía. Porque no hay caso: no podemos borrar la huella indeleble que la cosmovisión hispánica ha dejado en América. Por más que nos esforcemos en negarlo, América es española y católica, y si hay algo que une a los hispanoamericanos es aquella concepción del mundo que justificó la hazaña española en estas tierras: la esencial igualdad entre los hombres y la posibilidad universal de la salvación, que debe ser alcanzada en este soplo que dura nuestra breve vida.

Si continuamos en la carrera vertiginosa por atesorar los bienes terrenos, o por aturdirnos en la fiesta del mundo, o por parecernos a los modelos que los países sedicentes "desarrollados" nos proponen, estaremos ciertamente en vías de extinción, porque al no ser nosotros mismos seremos "nada" -según la máxima de José de San Martín. Mientras España -y con ella todos los pueblos hispánicos- no recuerde y reasuma su identidad devendrá ciertamente un fracaso: fracasará en la empresa más importante, que es agenciarse la Gloria. Es hora de seguir el consejo de Jorge Manrique: "Recuerde el alma dormida". Quiera el Señor que esta España que, como la niña del Evangelio, parece muerta pero está dormida, "avive el seso y despierte" y contemplando cómo se pasa la vida y cómo se viene la muerte vuelva a ser la mano ejecutora de las empresas divinas.

Bibliografía:

1. Gelonch, Edmundo. (2015). *Don Quijote como ideal de hombre*. San Rafael: EDIVE.
2. Maeztu, Ramiro de (1948). *Ensayos*. Buenos Aires: EMECÉ.
3. Séneca (1955). *De la brevedad de la vida*. Trad. de Lorenzo Riber. Buenos Aires: Aguilar.

[10] Jimena del Solar (1992). Inédito.